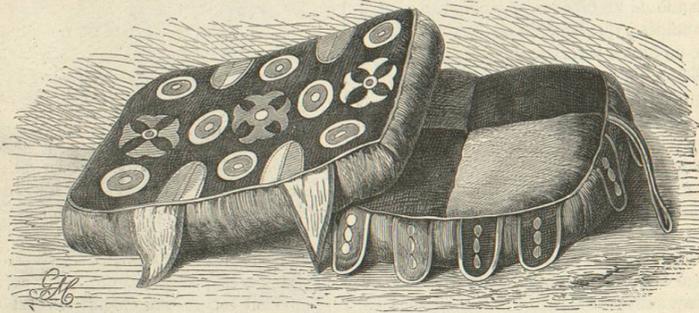


occidental. Más hacia el Sud prevalecen las que podemos llamar costumbres hotentotas; así por ejemplo los negros de Benguela comen de todo hasta lo más repugnante. Los aschantis rara vez desdennan un plato de carne.

Las supersticiones relativas á animales que encontramos en todos los negros aparecen también aquí en ciertas costumbres, algunas de las cuales hemos ya mencionado. En Angola se impone severo castigo al que habiendo dado muerte á un cocodrilo no lleva la vejiga biliar al más próximo caudillo, el cual tiene muy buen cuidado de hacerla enterrar, junto con algunos pedazos de cal que la descomponen, en un lugar apartado. En Loango se considera venenosa la vejiga del leopardo: éste es tenido en Dahomey por animal sagrado. Las tribus de Dahomey y de Aschanti toman, como los betschuanos, nombres de animales. Como en el resto de Africa, las hienas y las serpientes representan aquí un papel importante en medio de esos animales rela-



Almohada de la silla representada en la pág. 361.

cionadas fiestas funerarias que con tanto celo celebran los habitantes de Bonjono, por ejemplo. Los grandes *jujús*, ó fiestas mágicas, sólo se celebran en honor de Niengo y el sentido de las mismas, que tiende á la vida y á la fertilidad, se desprende claramente de la manera cómo se verifican. Todas las mujeres y los niños son empujados en medio de grandes gritos dentro de las chozas cuyas puertas se cierran tras ellos, pues ni ellos ni los jóvenes pueden ver á Niengo sin enfermar de muerte. Después que un hombre provisto de un largo palo ha recorrido la aldea golpeando los techos de las chozas por encima de las puertas, el caudillo y otros cinco negros se colocan en un sitio cercado y destinado al *jujú* y se sientan entre grandes tambores, junto á los cuales hay un retoño de plátano que ha de ser plantado, muchas hierbas verdes mágicas, ramas, plátanos y otros frutos, y un cacharro con vino de palmera y una gallina atada. Uno de los asistentes practica un agujero en el que han de ser enterrados los frutos y las hierbas murmurando durante esta operación toda suerte de fórmulas mágicas. Luego beben todos vino de palmera, derraman un poco de éste en el sitio en donde se ha de plantar el retoño de plátano y en el cual escupen muchas veces. Hecho esto, el caudillo coge la gallina y la mece por encima de las cabezas de los asistentes, entregándola luego á uno de los asesores, el cual la arranca á medias el pico inferior y echa la sangre en la tierra recientemente escarbada en la cual entierran frutos encarnados, no sin repetir los salivazos. El hechicero termina la ceremonia dando repetidas vueltas alrededor del vino de palmera. Algunos días después, comienza por la tarde la fiesta general del *jujú*, que se celebra bailando, cantando, aullando y silbando durante mu-

chas noches delante de tres ídolos colocados sobre altas estacas é iluminados por una gran hoguera.

Otra fiesta muy típica que parece ser propia de los duallas es la *parra-parra*, que consiste simplemente en una serie de luchas entre dos agrupaciones: no encontramos en ella danzas ni cantos, pero parece tener cierta significación religiosa, pues los gladiadores se presentan en un traje llamado «traje de Niengo» que les preserva de toda hostilidad y que se compone de un cinturón de hojas de palmera secas que se separan mucho del cuerpo y de un peinado que reúne toda la cabellera en un solo mechón muy tieso. Las luchas tienen lugar con sujeción á reglas fijas y son vigiladas por jueces de lucha que á la menor violación de las referidas reglas se lanzan á separar á los gladiadores. Después de cada lucha, un grupo de jóvenes adornados con trapos chillones y otros adornos corre por el centro del rondel para fijar bien que aquélla ha terminado, y luego se retira de nuevo en cuanto se presenta otra pareja de gladiadores.

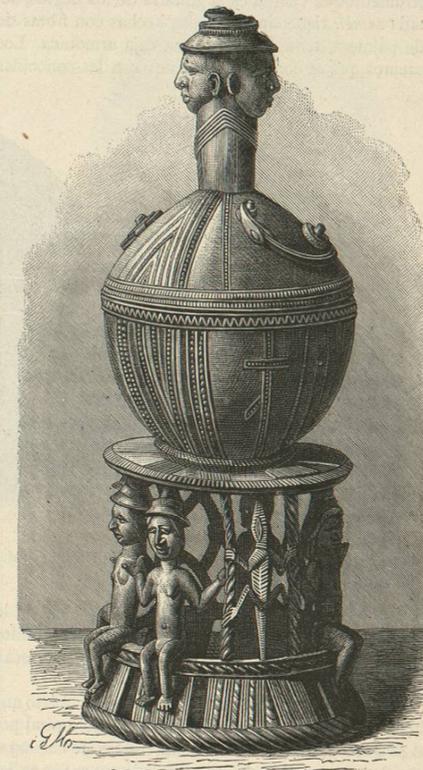
Como el alimento más importante de todos los pueblos de la costa septentrional de Guinea es la raíz del ignamo, la recolección de ésta, que se verifica en agosto, se celebra con danzas, gritos y banquetes interminables: las danzas son desordenadas y aun pudiera decirse que parecen demostraciones de alegría de animales: cada cual salta y grita cuanto y cómo se le antoja y cuanto más indecentemente mueve el cuerpo más aplausos obtiene: esto es debido en gran parte en este pueblo, como en todos los negros, á las tendencias lujuriosas. Los akuapims que viven más hacia el interior celebran con mayor regularidad que las tribus de la costa, absorbidas por la civilización, sus antiguas fiestas del

novilunio (*adaito*), en las cuales no sólo se hace el ruido infernal que es costumbre en el país, sino que todos los que en ellas toman parte se pintan en la cara rayas blancas; el director de la fiesta, á cuyo alrededor se agrupan todos, agita una especie de aventador de moscas y lleva en la cara una raya blanca. También se celebran aquí con inusitada pompa las fiestas de los fetiches que son generales en todos estos pueblos. La fiesta de la cosecha de los negros de Ga (Akkra) reviste, según otros observadores, un carácter decididamente fálico: para ella se disfrazan de pescadores con sus redes, de cazadores, etc., y el acto principal en las mismas es una danza bacante alrededor de unas partes genitales reproducidas en colosales dimensiones, y durante la misma se grita *¡homowo!* como solución y palabra mágica.

En estas fiestas aparecen las alianzas secretas que tan importante papel desempeñan en la vida de los oeste-africanos, y se relacionan con la consagración que hemos encontrado en el reino Lunda, que se hace por medio de pinturas blancas hechas con cal, y que sólo pueden recibir los aliados. Esta consagración es indispensable en las fiestas religiosas y para ella sirve la construcción de chozas especiales de alumbi que vemos usadas entre los mpongwes. En estas casas en miniatura que se alzan entre las viviendas ó detrás de éstas, se guardan dos cajas con cal ú ocre, con los cuales el propietario se frota la piel para preservarse de todo peligro tantas cuantas veces va de caza ó de pesca ó emprende algún viaje. Generalmente estas cajas de cal contienen los cráneos de los antepasados ó de los parientes del propietario y cuanto más se mezclan esos huesos con la cal, tanto más sagrada y eficaz es considerada ésta. Cuando llega á la casa algún huésped cuya buena voluntad quiere conquistarse, el propietario raspa un poco los huesos del cráneo y mezcla esos polvos con la comida que le ofrece, en la creencia de que se captará su simpatía desde el momento en que se introduzca en él un poco de la sustancia de sus antepasados. Cuando Du Chaillu tuvo noticia de esta costumbre, rechazó los manjares que le ofrecían los caudillos demasiado amables, por miedo de que contuvieran estos polvos con los cuales se pretendiera conquistarlo. Sin embargo esta cal mágica no es objeto, sino símbolo. Las ligas secretas son prácticamente más importantes allí donde representan una especie de tribunal secreto para perseguir y castigar á los criminales, como la liga de los *purras* entre los beis y la de los *ogbonis* entre los egbas y los aschantis. Ricardo Burton, en una de sus descripciones realistas de la vida de los abeokutas, opina que las «logias ogbonis» han sido sin razón calificadas de especie de francmasonería. Todo muchacho egba libre que tenga diez años «y que adorne las calles con su desnudez» puede ser miembro de dicha logia y llegar hasta los grados superiores. En cada aldea hay una casa-logia que consiste en un edificio bajo con un mirador sombreado y hondo y con una sola puerta cuidadosamente cerrada, que únicamente se distingue de los demás edificios por la ausencia de holgazanes á su alrededor. Estas casas se construyen y se mantienen con las cuotas que cada siete días satisfacen los individuos de la logia. Los jefes de logia elegidos por los mismos miembros de ésta forman con los caudillos una especie de dieta del reino cuyo poder es poco menos que absoluto. Los esclavos pueden «comprar» el ingreso en los grados inferiores. Durante los largos períodos en que el trono está vacante, esta dieta gobierna sin límite alguno y siempre es ella la encargada de recaudar y emplear las contribuciones. Los miembros de la orden que vagan enmascarados durante las fiestas de Niengo, asaltan á menudo la choza de un individuo mal visto por ellos para azotarle con látigos paganos. Todos los indivi-

duos de las logias ogbonis están obligados á guardar el más profundo secreto.

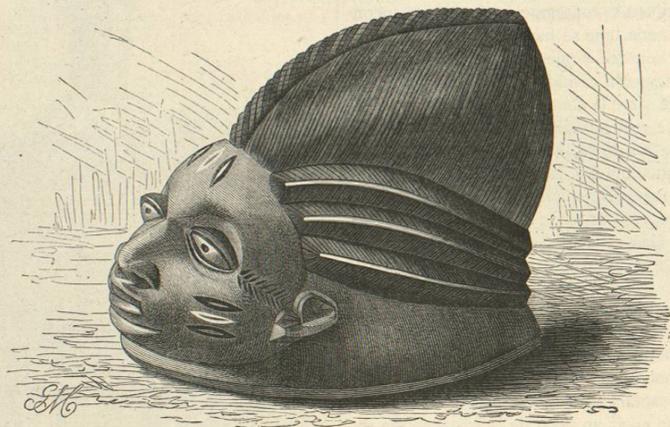
De la misma manera que la mayor parte de la vida espiritual de los negros se consagra á la religión y á las supersticiones y que las artes plásticas están, como creadoras de fetiches, al servicio de las mismas, la música tiene una parte importante en sus desordenadas fiestas. Especialmente en las del novilunio, en las de la cosecha y en las funerarias emplean los oeste-africanos una gran variedad de sonajeros y tambores «y otros muchos instrumentos músicos para los cuales no hay palabras en nuestro idioma.» Pero el



Botella decorativa de marfil, Africa occidental (Museo Británico, Londres)

principal de todos ellos es el tambor que á la vez es la señal del caudillo: en el manejo de los mismos, los africanos occidentales igualan, por lo menos, á los manganjas, pues arrancan de tan sencillos instrumentos una increíble variedad de sonidos, cada uno de los cuales tiene su significado. Los negros de Camerun pueden hacer con su tambor de señales *elímbe* (un trozo de madera hueco de 2 pies de largo y de forma elíptica que en su parte más estrecha tiene una abertura en forma de canalizo) señales tan distintas que por medio de este instrumento logran tener una especie de sistema telegráfico, asegurando algunos viajeros que con él puede llamarse á cada uno de los habitantes de la aldea. Además de los tambores de madera, los hay también cubiertos de piel parecidos á los nuestros. Como instrumentos de cuerda los hay á modo de arpa y á manera de lira: en ellos está naturalmente limitada la variedad de tonos, pero más que á esto se atien-

de principalmente á la cantidad, es decir al ruido. Gussfeldt dice con razón, hablando de la música de los negros de Loango: «La noción de instrumentos músicos no puede abarcarse bien, porque cualquier objeto capaz de producir un ruido rítmico, por ejemplo una caja, es elevado por los negros á la categoría de instrumento músico.» Esto no obstante, hay un cierto número de instrumentos músicos propiamente dichos que ó bien contribuyen á las distracciones tranquilas de los particulares ó sirven para expresar la alegría y el orgullo ó para las danzas ó finalmente para manifestar un sentimiento formal y solemne. El más perfecto de los instrumentos de cuerda es la guitarra de los negros, denominada *sambi*: tiene cinco cuerdas hechas con fibras de tripa de palmera, tendidas sobre una caja armónica. Los instrumentos que se componen de palos son las conocidas



Una máscara de madera pintada, de Dahomey (Museo para Etnografía, Berlín) $\frac{1}{4}$ de su verdadero tamaño.

interesantes de todos son los llamados *pungis* (al pie de la letra dientes de marfil), que consisten en cuatro colmillos de distintos tamaños convertidos en cuernos, que se tocan todos á la vez.

También merece ser mencionado, más por su objeto que por el efecto que produce, un palo en forma de espiral por el cual se frota rápidamente una bola (corteza de calabaza) pequeña, hueca y agujereada; este instrumento se usa en las procesiones como «tambor-fetiche.» Las dobles campanas, que también son aquí signo distintivo del caudillo, ostentan hacia el interior (Buchner las denomina «el instrumento característico de Lunda») adornos artísticos y á menudo de gran riqueza. Como instrumentos de guerra de los angolanos describe López unas zamponas de madera cubiertas de cuero, unas planchas triangulares de hierro en las cuales se golpea con unas varas, y por último unas flautas de colmillo de elefante con una abertura lateral para soplar.

Si examinamos las creaciones espirituales de estos pueblos, quizás podríamos decir que han dado mayor desarrollo que otros al tesoro de imágenes religiosas que tienen de común con ellos. Algunos de sus mitos ofrecen un interés poético; tal sucede por ejemplo con el de los negros del Congo que atribuyen los pantanos que existen en la parte baja de las corrientes á las lágrimas derramadas por los dioses con motivo de las devastaciones de los dschaggas, leyenda que otros refieren diciendo que al aproximarse los dschaggas los dioses del país, creados por Cassuto y por

marimbas y yengos, que revisten aquí muy diversas formas: los palitos están clavados en unos listones fijados en una caja armónica, siendo distinto el sonido de cada uno de ellos. El número de palitos no es fijo, pues puede variar desde 5 á 30. Por regla general, los palitos son de *banza*, nombre que se da á las piezas de corteza de palmera-bordao (palmera bambú) y algunas veces también de hierro. La marimba es el instrumento de uso más extendido: cualquiera puede tocarlo, pero son muy pocos los que lo tocan con arte, pudiendo decirse que tiene cierta analogía con nuestro clavicordio. Entre los instrumentos de viento, hay flautas de madera, otras hechas con cierta fruta redonda, cuernos de búfalo, que se oyen desde muy lejos, y sobre todo aquellos famosos colmillos de elefante huecos, en cuyo extremo hay una abertura lateral por donde se sopla. Los más

Inquisi, huyeron aterrorizados lanzándose al río como los egipcios delante de Typhón. El misionero Zundel refiere una nueva creación del espíritu inventor de mitos relativa á la Costa de los esclavos que permite ojear algo la noción religiosa de los negros: según ella los eweos hacen remontar hasta la creación del hombre el antagonismo entre blancos y negros, tan funesto para ellos por su calidad de pueblo de la costa. Refieren, además, lo siguiente acerca del origen de su propio pueblo y de los comienzos de la raza humana: «Cuando Dios hubo, en un principio, creado el cielo y la tierra, Nodsie, ciudad todavía existente al Este (esta ciudad representa un papel importantísimo en todas las leyendas de los eweos, aschantis, negros de Dahomey y otros pueblos afines) fué el sitio en donde creó á los hombres. De éstos hizo dos pares, uno blanco y otro negro. Después que Dios hubo creado primero la pareja negra y luego la blanca, hizo bajar del cielo á la tierra dos cestas tapadas, una grande y otra pequeña. Los hombres fueron amontonados para que se repartieran pacíficamente las dos cestas. La pareja negra se apoderó en seguida de la cesta grande y dejó la pequeña á la pareja blanca: aquella encontró en la suya una azada para el cultivo de plantas, algodón para hacer redes, un arco y una flecha para cazar y polvos de oro para el comercio; ésta sólo halló en la suya un libro, pero lo leyó con aplicación y llegó á ser, gracias á ello, tan sabia que muy pronto el blanco fué superior al negro en todo y mucho más rico que él. Por esto el blanco fué objeto de la envidia y de la persecución del

negro, pero Dios vino en su auxilio y haciendo descender del cielo una larga soga lo guió al otro lado de las grandes aguas.» ¿No aparece, por ventura, aquí una gran dosis de perfecto conocimiento de sí mismo?

La vida ordinaria, muy sencilla, de los oeste-africanos ofrece múltiples pruebas de viveza, y aun de agudeza y buen criterio, y nadie que imparcialmente los considere podrá decir que carecen de dotes intelectuales. Tienen sobre todo la rapidez de percepción para juzgar á los extranjeros que á su manera observan muy minuciosamente y con acierto. El juicio que así forman se condensa en un nombre que aplican al extranjero, pero que tienen tan secreto que éste raras veces logra conocer la definición de su carácter. A menudo, el extranjero recibe un segundo nombre derivado más de su aspecto exterior, de su figura, de su manera de andar y de sus costumbres: este otro nombre se toma con preferencia de cualidades que al negro le parecen ridículas, lo cual se explica perfectamente por la condición burlona que tan propia es de todos los pueblos naturales y especialmente de los negros. Muchos pueblos de la costa hablan dos ó tres idiomas que aprenden fácil y rápidamente. Es también digna de notarse la afición al canto y á la poesía. «Gracias al canto — dice Zundel hablando de los eweos, — el fatigado caminante toma nuevos alientos durante el camino solitario; el canto anima las reuniones de amigos y las danzas. También durante el trabajo se canta mucho y hasta las lamentaciones del afligido y los sollozos consagrados á un muerto querido se expresan melódicamente. El canto no es más que un recitado cuya letra las más de las veces se improvisa. Cuando un europeo encuentra á un aficionado al canto, oirá cantar en seguida sus alabanzas ó sus defectos.»

Esta viveza, que siente el impulso de comunicarse por los más distintos caminos y por los más diferentes medios, se revela también en la multitud de refranes, fábulas y acertijos de que disponen los oeste-africanos. El negro manifiesta en esto más profundidad y mayor delicadeza de lo que saben ó pueden afirmar algunos de los que los han juzgado, y los conserva en la memoria como tesoro de valiosas experiencias de la vida y de sabiduría profunda, narrándolos y repitiéndolos á los suyos por las noches cuando la familia se sienta al amor de la lumbre. He aquí algunos ejemplos de refranes eweos: una ciudad bonita no es fuerte; el agua y el fuego no están juntos; el cangrejo no se convierte en pájaro; la mano propia á nadie engaña; nadie va al mercado con las manos vacías; el fruto del árbol cae debajo de éste; una (mala) nuez de palmera echa á perder todas las demás; el gallo no canta en despoblado; el hijo del cocodrilo no muere ahogado; dos reyes no residen en una misma ciudad; un hombre no sirve á dos hombres; el vestido es (hace) el hombre; el dinero es el hombre; el caminante es un río. He aquí algunos refranes de los tschis (Costa de Oro): los árboles que están muy cerca unos de otros se frotan mutuamente; cuando dos azadas están juntas dentro de una misma vasija se golpean la una á la otra; la palabra es algo por sí misma, la sabiduría es algo por sí misma; el que ha visto á un hombre una sola vez no le dice «tú estás flaco»; nadie baja de la cama para dormir al suelo; cuando alguno dice que tú eres su esclavo, ya te tiene en su posesión; tenemos dos orejas, pero no oímos dos palabras á la vez; cuando una y otra boca juegan entre sí nace la desunión, pero cuando los que juegan son un pie y otro pie no viene ésta; antes de decir dos se dice uno; en cuanto un borracho recibe un bofetón, se cae; si no duermes no soñarás; el cuchillo, aun después de envainado, inspira horror; no todos los hombres saben que cuando

llueve han de irse á sus casas; el oro es más fuerte que la destreal; el doctor no ha de beber la medicina destinada al enfermo; la culebra se parece á una cuerda y sin embargo nadie la coge para atar las cosas; allí donde hay riña no nace el día.

Dado el buen juicio que en todo esto demuestran los oeste-africanos, cualquiera hubiese profetizado para ellos mejor suerte como consecuencia de su contacto con los europeos. Los negros que en la costa frecuentan el trato de los europeos se han corrompido con las muchas y nuevas tentaciones que allí se les ofrecen y con los tratamientos



Un sacerdote del espíritu de la tierra Nkissi, en Loango (de una fotografía por el Dr. Falkenstein).

injustos é irracionales de que son víctimas; y al propio tiempo carecen de la facultad de retener y perpetuar lo bueno que allí aprenden. El arte único de asimilarse una civilización superior sin ser víctima de ella, sólo se aprende con el propio trabajo: únicamente éste es capaz de hacer de aquél una propiedad inalienable, y cuando esta aptitud no existe, reproducése lo que en tristes palabras dice Bastián acerca del descendiente de los reyes cristianos del Congo: «Con gran desencanto hube de ver que el soplo de civilización que algún día alentó á los congoanos ha desaparecido sin dejar huella alguna y que éstos han caído de nuevo en aquella indiferencia falta de energía en la que permanecen sepultados durante su vida los pueblos de raza oscura.» Cuando los portugueses en sus viajes exploradores del último tercio del siglo décimoquinto fueron rasgando paso á paso el velo en que estaba envuelta la costa occidental del Africa fundando en ella antes de finir el citado siglo numerosas colonias, encontraron en los indígenas pueblos sencillos que vivían de la pesca, de la caza y de la agricultura; de costumbres bárbaras, con formas de gobierno despóticas, y con usos é ideas religiosas de muy baja estofa. Pero lo que tan fácil parecía dado este estado de degradación, es decir ejercer una influencia moderadora,